

Precursores

Iniciamos esta sección con un delicioso artículo de José María Lorente publicado en el Calendario Meteorológico del año 1944, en el que combina su gran conocimiento del clima de España y los refranes populares.

Quien no haya leído sobre la figura de Lorente podría pensar que la descripción tan certera que hace de la climatología española basándose en refranes populares, alguno de los cuales se están perdiendo, es un poco superficial. Estaría muy equivocado. Don José María era doctor en Matemáticas y fue pensionado dos veces para ampliar estudios meteorológicos en Alemania y Suiza en los años antes de la Guerra Civil. Su libro de meteorología publicado en 1930 fue el primero en español donde se introdujo la teoría frontal. Junto con Pío Pita escribió después un texto de meteorología aeronáutica que se estudió durante décadas en España y en América Latina. También fue durante muchos años jefe de la sección de Meteorología Aplicada del Instituto Nacional de Geofísica.

Así pues, la preparación teórica de D. José María era impecable pero además era un entusiasta de la divulgación y publicó cientos de artículos en la prensa aparte de los del Calendario Meteorológico. Sobre él escribía Alberto Linés “En Meteorología era para él fundamental la observación y la profundización en ella, anotando todo lo que pudiera ser de interés. El saber lo entendía en su significado latino, sapere, saborear. Tras ello, su pasión era comunicar lo sabido” y “en muchas cosas se anticipó al futuro, en sus intuiciones, en temas como el papel de la circulación general en su enlace con los modelos actuales de predicción, en todo lo relativo al cambio climático y otras muchas cosas más que asombrarán, posiblemente, a quien profundice en el análisis de sus trabajos.”

Características meteorológicas en España de cada mes del año

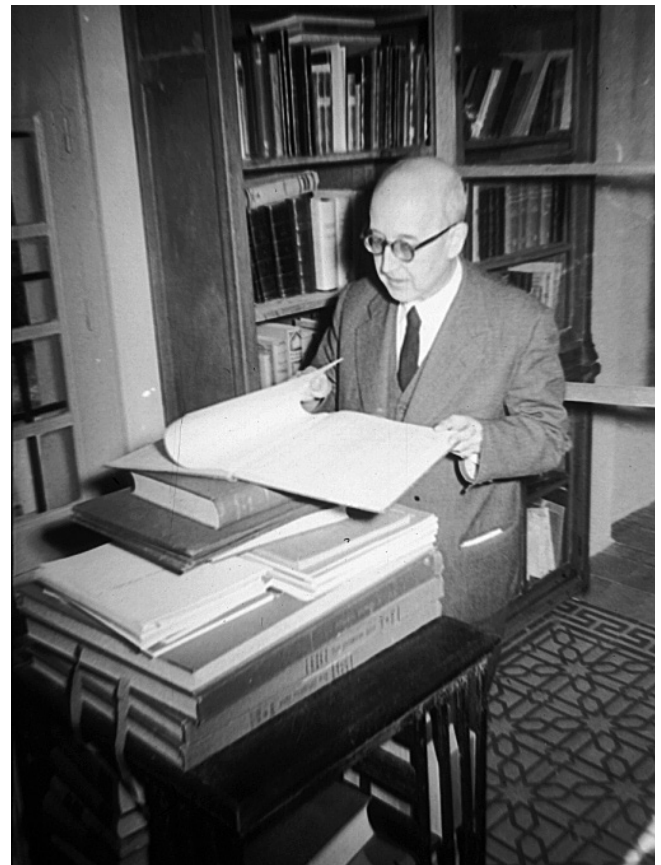
JOSÉ MARÍA LORENTE

Las características meteorológicas que aquí se dan para cada mes no son las que vayan a observarse en 1944 ni en ningún otro año, sino las que es frecuente que se registren en los que son normales. Sólo en este sentido deben tomarse.

ENERO

“Enero, claro y heladero”, dice sabiamente el refrán. Y, efectivamente, si el invierno se presenta normal, a principio de este mes llega a España una ola de aire frío, la más intensa que recibe la Península. Del día 6 (Reyes) al 10 suele registrarse la temperatura más baja del año. Todo esto no ocurre si en diciembre se presentó ya una invasión de frío intenso. Un cielo limpio y transparente deja por entonces que se vea la luna con una nitidez deslumbrante—“A la luna de enero yo te comparo, que es la luna más clara de todo el año”—, fenómeno debido a la pureza y sequedad de las masas de aire ártico, dominantes sobre la Península durante este mes, en el cual el sol de mediodía trae un optimismo prematuro, pues al llegar a la última decena es frecuente que una segunda ola de aire helador europeo nos invada y agarrote.

Salvo en Galicia, suele llover poco en enero. Unos doce días en Galicia, cinco en Castilla y ocho en Andalucía.



FEBRERO

“Si la Candelaria (día 2) plora (llueve), invierno fora”, empieza diciendo el refrán. Y es que si la segunda ola de frío de enero ha llegado a su debido tiempo, termina con un temporalillo de lluvias, que, al absorber vientos tropicales templados, producen un aumento de temperatura y, por la todavía dominante limpidez de la atmósfera, una confortante sensación de calorcito al sol—“En febrero busca la sombra el perro”—. Pero si la dicha ola de frío de enero se retrasa y llega en febrero—“La Candelaria no plora—el tiempo anda desarreglado—invierno ni dentro ni fora”—, con lo que febrero justifica entonces su fama de loco.

Febrero es el mes más seco del invierno—no del año—, excepto en la región valenciana. En Cantabria llueve unos diez días, y en el resto de la Península unos seis.

MARZO

Comienza este mes, por lo general, con una paralización de la subida térmica iniciada a últimos de febrero, paralización debida a un temporal del Atlántico, que por esos días es normal que sobrevenga. A continuación de él, un alza algo intensa de temperatura va seguida de una caída, que puede ser brusca—“Marzo marcea”, dice el pueblo—, y al acabar el mes se presenta ya un veranillo, que en la vegetación se caracteriza porque florecen con su venida muchos árboles. Este es, pues, un momento de los más críticos para la realización de las observaciones fenológicas.

Al contrario que febrero, marzo suele ser el mes más lluvioso del invierno. En Cantabria llueve unos quince o veinte días, en Castilla unos quince y en Levante unos diez.

ABRIL

Una baja de temperatura, posible ya al finalizar marzo y sumamente brusca y rápida, suele presentarse al comenzar abril. El refrán dice: “Si marzo vuelve el rabo, no queda oveja con pelleja, ni pastor enzamarrado”, y efectivamente, esa baja es causa de graves daños en la salud y en la vegetación. Pasado este peligro, que no asusta al cuclillo—“A tres de abril, el cuclillo ha de venir”—, iníciase una subida deliciosa de la temperatura, un veranillo poco duradero, en el que florecen

las lilas. Por ser muy efímero, “el que no guarda leña para abril, no sabe vivir”.

“En abril, aguas mil, y todas caben en un barril.” ¿Por qué? Pues porque al iniciarse la llegada de masas de aire atlántico tropical, que da origen a los primeros y juguetones temporales abriños aguafiestas, cesan los movimientos lentos de la pesada masa aérea invernal que dominaba sobre la Península, y comienzan los rápidos y desconcertantes de la estación primaveral.

MAYO

La primera decena de este mes suele ser de agradable temperatura en España y florecen en ella una gran cantidad de plantas, entre otras las rosas, Acaece, sin embargo, con frecuencia que sobrevengan las temidas heladas tardías que en Europa se presentan de ordinario durante los días 11 al 14, en los que se celebran las festividades de San Mamerto, San Pancrancio, San Servando y San Bonifacio, a los cuales se ha dado por ese motivo el nombre de Santos de hielo. Muy típico de la mitad de este mes es la formación de las primeras tormentas del año, ocasionadas por los veranillos prematuros que en esta época se presentan, cuando todavía la atmósfera está cargada de la humedad que dejó en herencia abril.

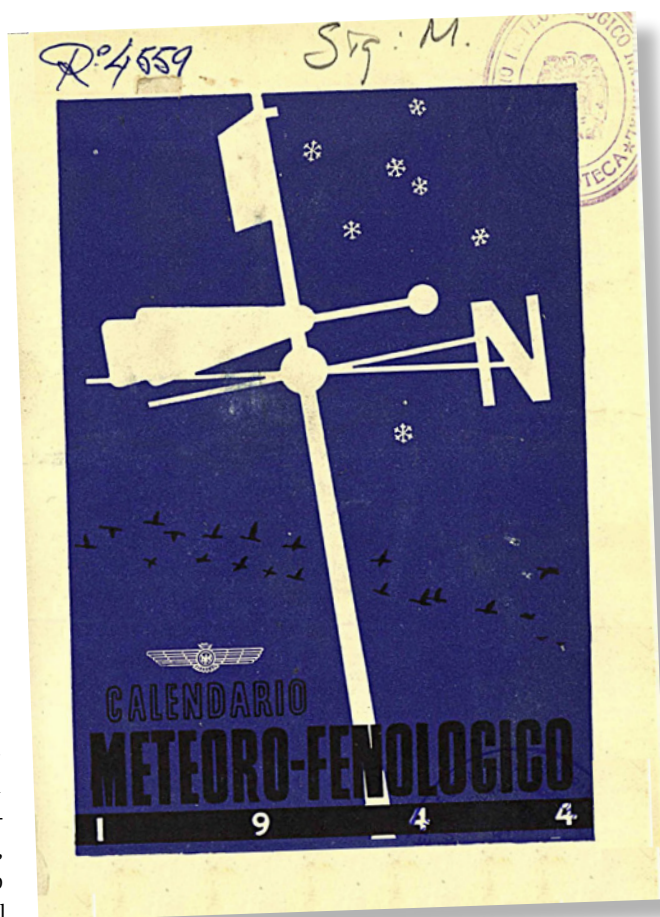
Aunque el deseo popular es que “Abril lluvioso saque

a mayo florido y hermoso”, en realidad suele

ser mayo el lluvioso en las cuencas del Duero y del Ebro, en las cuales puede ocurrir que la cantidad de agua recogida en él sea la máxima del año. Lluve de quince a veinte días en Cantabria; en el resto de España, de cinco a diez.

JUNIO

En la primera decena de junio —“Hasta el cuarenta de mayo”, que dice el refrán muy sabiamente— se presentan bajas de temperatura inesperadas. Pero a partir de esa fecha el equilibrio térmico entre el aire, ya muy templado, y el suelo, caldeado cada vez más, llega a ser bastante estable, y se lanza el termómetro a una desenfrenada subida, que no cesa, de ordinario, hasta el día 21 ó hasta San Juan (día 24). Tal exceso de calor atrae hacia la Península vientos marítimos y un frecuente temporal, que allá por San Pedro (día 29) no suele dejar de presentarse, amenazando a los labradores con que van a descargar muchas tormentas, malagradoras de sus



Características meteorológicas en España de cada mes del año

esperanzas. “San Pedro lluvioso, treinta días peligroso”, dicho poco exacto.

En la mitad norte de España es ya un mes de escasas lluvias—unos cinco a diez días—, y en la meridional y de Levante, de manifiesta sequía.

JULIO

Días de fresquito consolador son los primeros, seguidos de una subida implacable y sostenida de la temperatura en la segunda decena; subida que se mantiene en la tercera, durante la cual muchos años se registra la temperatura máxima del año.

Pocas lluvias hay que registrar en julio. Sólo las tormentas y dañinas. “Por mucho que quiera ser, en julio poco ha de llover.”

AGOSTO

“Primer día de agosto, primer día de invierno”. Es cierto. ¿Por qué—se dirá— si precisamente en agosto es cuando se registran de ordinario las temperaturas máximas del año? Pues por-que el día primero de este mes suele coincidir, poco más o menos, con el punto de simetría de la curva anual de temperatura. Doblada por este punto coincide, en general, la curva descrita desde enero con la que falta por recorrer hasta diciembre. De todos modos, pasada la primera decena, que suele ser relativamente no muy calurosa, se registran las máximas del mes para descender el calor—a veces inesperadamente—por San Bartolomé (día 24), a causa de un temporal que por entonces suele visitarnos, y también del ya sensible acortamiento de la duración de los días. “En agosto, frío en rostro”.

De lluvias, poco o nada hay que hablar en este mes.

SEPTIEMBRE

De principio a fin del septiembre suele descender la temperatura unos diez grados, de un modo continuo si no hay tormentas, que son muy frecuentes en este mes, o a saltos si las hay. El pueblo dice: “Septiembre es bueno si del primero al treinta pasa sereno”; pero si así no ocurre, “Septiembre, se tiemble”. En la segunda quincena del mes es casi seguro que se presenta un primer temporal, que representa la primera llegada de aire polar, de aquél que en los meses caniculares estuvo recluso en las regiones árticas, y que en septiembre empieza a desperezarse. Esta primera acometida de frío queda terminada por la llegada de aire tropical, “veranillo de San Miguel” (día 29).

Las lluvias aumentan en este mes de un modo súbito; de tal modo, que en algunos lugares se pasa a veces del mínimo pluviómetro del verano al máximo de otoño. De cinco a diez suele ser el número de los días lluviosos en septiembre.

OCTUBRE

A los días desapacibles que al comenzar el mes origina el clásico temporal—tan temido por los marinos—que se llama

él “cordón de San Francisco” (día 4), suelen seguir otros muy apacibles; quizá los más deliciosos y benignos de todo el año. La temperatura se conserva entre los límites más deseables: los 10 y los 20 grados. Pero al acabarse octubre llega ya a la Península el primer temporal bien formado y extenso del Atlántico, y las lluvias, con el consiguiente enfriamiento, dominan la situación y quitan del ánimo toda ilusión de perenne bienestar. La baja de temperatura suele ser de unos seis grados a lo largo de todo el mes.

Las lluvias pueden ocurrir que sean en él las mayores del año en el litoral cantábrico y en el de Andalucía, pero no en Levante—donde suelen ofrecer un máximo en febrero—, ni en Cataluña, en donde no acaece ese máximo hasta noviembre.

NOVIEMBRE

Es característico de este mes que el descenso de temperatura que comenzó en agosto se haga muy lento: sólo unos cuatro grados desde el primero al último día. En las alturas, sin embargo, al iniciarse el mes, ya se registran heladas “Por Todos los Santos (día 1), hielo en los altos”—; pero pasada la primera decena, que suele ser turbia y revuelta por la llegada del citado primer temporal serio que comenzó en octubre y se prolonga con machaconería durante unos quince días, invaden la Península vientos atlánticos tropicales, que dan origen al clásico “veranillo de San Martín (día 11) o del membrillo”, así llamado porque con exactitud matemática madura en él, no antes ni después. Al llegar a mediados, por San Eugenio, maduran las bellotas, y termina con eso el veranillo, al cual sigue de ordinario un temporal largo y monótono, que riega con abundancia la Península. El termómetro va aproximándose a los 0 grados —“Por San Andrés (día 30), hielo en los pies”—, y el invierno meteorológico da comienzo.

En Andalucía se presenta en este mes el máximo anual de lluvias, si es que ya no se registró en marzo. En general, en toda España son pródigas las nubes, salvo en la cuenca del Ebro, y la nieve comienza a cubrir los montes, para descender hasta la llanura en los últimos días.

DICIEMBRE

Las primeras heladas se registran ya en noviembre, pero la temperatura aun descende constante, pero lentamente, en diciembre. La serenidad que suele ofrecer la atmósfera en los primeros días es causa de que el enfriamiento nocturno sea muy intenso y que las máximas de temperatura sean, en cambio, relativamente más altas de lo que podía esperarse de la estación. Al acabar el mes suelen venir de Europa las primeras acometidas de frío —las primeras olas invernales—, a veces las más intensas del año. Una ola, al menos, no deja de alcanzar la Península, allá por Navidad o por los Santos Inocentes (día 28).

Las lluvias saturan de agua durante este mes el litoral cantábrico. En el resto de la Península vuelve a repetirse lo de enero, es decir, predominan las lluvias de la mitad occidental sobre las de la oriental.